



fondo lo implica. Entre lo sucedido en el teatro del Liceo y lo de las Chafarinas existe una relación análoga á la que hay entre una estafa por falsificación grosera de una firma y una quiebra fraudulenta tejida hábilmente al abrigo de la ley burguesa, ó la que hay entre el timo y el juego de Bolsa.

¡Con cuanta razón podría decirse del progreso humano lo que Leopardi de la naturaleza en general, que «marcha por tan largo camino que inmóvil nos parece»!

Nos hallamos aún en un estado social en que un señor obispo, provicario general castrense, al dirigir á sus hermanos los capellanes de ejército una circular en 29 de Octubre, á la vez que pedía *al Dios de los Ejércitos que endulzara los rigores de la lucha* y al de las *Misericordias que acorralara en sus guaridas á esas hordas salvajes*, excitaba á aquellos á que llenaran «con verdadero espíritu sacerdotal su altísimo ministerio alentando al soldado en las guerrillas.»

Tan sólo cuando se borren de la conciencia humana los sentimientos paganos que palpitan bajo tales frases, podrá entrar aquella en el verdadero reinado social de Jesucristo, en la aplicación á las relaciones entre los pueblos y á la vida política pública de los principios de moral cristiana, y sentirá que para las naciones como para los individuos, el derecho de propia defensa no se opone á la virtud cristiana del perdón de las injurias y que, para aquellas como para estos, el honor del duelista es una imperfección moral y un residuo de la animalidad más baja.

Y no faltarán hasta tanto inteligencias que, pervertidas con vahos del estómago, convirtiendo en mentiras las leyes de la «batalla por la vida» «la selección natural» y «la sobrevivencia del más apto» amodoren al corazón humano para que no penetre en el Corazón de la Naturaleza y vea la verdad de la vida.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Eco de Bilbao núm 8.

Domingo 10 diciembre 1893

1-93

L. Rangel

**SOBRE EL CULTIVO DEL VASCUENCE.**

III.

Al terminar nuestro anterior artículo nos preguntábamos qué valor tienen los diccionarios del vascuence publicados hasta hoy.

El más antiguo es el de Larramendi y puede decirse que en ciertos respectos es el mejor. Al componer su Diccionario Trilingüe castellano-vasco-latino, Larramendi se hallaba en posición ventajosa sobre los que después de él se han dedicado á componer diccionarios vascos, ventaja que resultaba precisamente de ser él el primero, pues no pudiendo echar mano de trabajos anteriores análogos, que estimulan y favorecen á la pereza, no tuvo otro remedio que acudir *en gran parte* para hacer el suyo, á la fuente viva de la lengua hablada,

é ir recogiendo voces de valle en valle, de monte en monte, de casería en casería.

Decimos *en gran parte* y no en totalidad, porque no debe perderse de vista que el Diccionario Trilingüe era lo que hoy diríamos una obra de tendencias y de ninguna manera un archivo del mayor número posible de voces vascongadas para servir de base al estudio del eusquera. Basta leer su prólogo para convencerse de ello. El Diccionario Trilingüe no es más que una comprobación del trabajo anterior del autor acerca de la antigüedad y universalidad del vascuence en España, no es otra cosa que una colección de pruebas de la tesis de Larramendi, de que el vascuence es tan rico por lo menos como el castellano. Esta es la razón de que el diccionario fuera castellano-vasco y no vasco-castellano, pues el autor se proponía demostrar que puede decirse en vascuence con raíces vascongadas todo lo que en castellano se dice, y así es que no hizo más que copiar el Diccionario Castellano é ir poniendo significado á cada vocablo de este.

Este mismo fin de su obra, tan poco genuinamente científico (tal como hoy entendemos esto de científico) vició su obra, pues en su empeño de dar correspondencia indígena vasca á toda voz española, se permitió inventar no pocas palabras que el vascuence corriente y hablado ni posee ni puede poseer, é inventarlas no pocas veces con falta de tino, como cuando por preocupaciones de escuela filosófica y resabios de latinismos, de *egon*, estar, y *pe*, bajo, compuso *egope*, sustancia, bajo la base del latín *substantia*, de *sub*, bajo, y *stare*, estar. En este pecado científico de suponer que la inteligencia espontánea, primitiva é inconciente de los pueblos se haya de conformar á la reflexiva, y no pocas veces adulterada por ejercicio de escuela, de los filósofos de sistema, caían por entonces casi todos los doctos, y aún hoy se siguen repitiendo, fundadas en esa base y en ignorancia de la filosofía, etimologías tan absurdas lingüísticamente como que *intellegere* derive de *intus-legere*, *universalia* de *unus versus alia*, *lex* de *ligare*, y otras por el estilo.

Otro de los defectos que fatalmente se derivaron á la obra de Larramendi del fin que éste la asignó, es su empeño de derivar del vascuence voces castellanas á todas luces, latinas (y que en latín hallan su explicación y arranque ariano) y derivarlas de cualquier modo cuando puede asegurarse que en el castellano apenas llegan á media docena (si es que pasan de dos ó tres) las voces de origen vasco. Que Larramendi cayera en este error tiene menos de extraño que el que no hubiera caído, pero es imperdonable que hoy recaigan en él muchos por un casi absoluto desconocimiento de los orígenes, del proceso y de la historia de la lenguas castellana y latina, porque para hacer ciertas comparaciones, precisa estudiar despacio los dos términos que se hayan de comparar y no pocos se han metido á sacar voces castellanas del vascuence sin haber saludado ni siquiera los trabajos de Federico Diez, el filólogo alemán, patriarca de la filología románica, y mucho menos los vastos estudios que después de él se han hecho en el campo de los romances.

69

Es una lástima verdaderamente que personas que han estudiado el vascuence con abinco y lo conocen empíricamente bien, carezcan tan en absoluto de cultura filológica general ó la tengan tan extraviada, que se sirvan de métodos é ideas de tiempos de Mari-Castaña, mandados hace tiempo recoger.

El diccionario de Larramendi, con todos sus defectos inevitables en la época en que se escribió, es una buena base y fué sin duda obra meritoria y útil. Despues de él ¿qué se ha hecho?

Llegó á Europa el reinado intelectual de la ideología y del abstractismo, reinado

que amparó tantas *gramáticas generales* de origen apriorístico, tantas construcciones caprichosas y precipitadas, aunque á las veces ingeniosísimas, y tanto farrago. Entre las teorías más ingeniosas y más infundadas de aquella época, fué una la de dar valor ideológico á cada letra, esto es; la de suponer que en las palabras cada sílaba, y aun cada letra, significa algo, y figurarse á la inteligencia espontánea del hombre primitivo obrando como inteligencia de ideólogo analista y hasta metafísico.

Era la época de Rousseau en que el hombre primitivo era descrito como el más feliz, el más santo y el más sábio. Y si la teoría es insostenible en sí y está completamente rechazada (por lo menos en su forma antigua) de la ciencia, la aplicación que de ella se hacía era más absurda aún, porque se tomaban las voces tales y como la lengua corriente las daba, suponiendo que siempre habian tenido la misma forma, es decir, que desde que los supuestos sutiles ideólogos inventores del vascuence forjaron en su telar metafísico los vocablos del eusquera, estos se habian conservado intactos por no velar la primitiva ciencia semi-infusa.

Este modo de ver, general en Europa á fines del siglo pasado y principios del presente, se aplicó al *examen filosófico* de varias lenguas, y en nuestro propio país lo aplicó Astarloa al examen del vascuence.

No es esta ocasion de criticar las teorías de Astarloa, crítica que desgraciadamente no supondria absoluta pérdida de tiempo. Queríamos al hacer estas indicaciones, venir á parar á que el Diccionario vasco de Novia de Salcedo obedece al estado intelectual reseñado. En él se intenta aplicar in extenso el principio ideológico de Astarloa. Por lo tanto, ni su autor tuvo el propósito de dar una obra de informacion de datos, ni apenas añade al caudal de voces que Larramendi nos ofrece. Es una verdadera lástima que se haya protegido por nuestras corporaciones la pérdida de tiempo, material y trabajo que la impresión de este diccionario ha invertido.

Antes de que el diccionario de Novia de Salcedo tuviera la desgracia de ser publicado, trabajaba Aizquibel en el suyo, sintiendo la falta de un diccionario vasco-castellanos, y lo que hizo fué no más que volver del revés la obra de Larramendi sin añadirle cosa de valor. Porque en el voluminoso diccionario de Aizquibel sobra mucho, pero mucho, y falta por lo menos tanto como lo que sobra. El autor se entretiene en ir formando con los temas vascos y los prefijos y subfijos de esta lengua, todos los derivados posibles cuando, salvo en los casos en que de la simple derivación

no se podría deducir el significado de un derivado, debe bastar apuntar las voces simples en apariencia, las no facilmente re-  
uctibles, y los prefijos y los subfijos. Porque en lengua que, como el vascuence literario, puede con tanta facilidad formar derivados, el entretenerse en apuntar todos los posibles es labor poco útil.

En cambio yo, con mis escasas fuerzas, le he podido añadir al diccionario de Aizquibel centenares de voces vascongadas de uso y corrientes en boca del pueblo, sea en un pueblo, sea en otro.

¡Es claro! Aizquibel, aunque vascongado, escribió su diccionario en su mayor parte fuera del país vasco que es como estudiar al avestruz en Estocolmo, pues así como el sabio sueco que esto hiciera tendria que servirse de ejemplares disecados ó de estufa, así Aizquibel hizo un diccionario del vascuence literario y *libresco*, no del vivo.

De otros diccionarios y vocabularios de menos bulto y menos pretensiones no hay porque hablar. Dejemos los de Fabre Van Eys, Lécluse, Manterola, etc, útiles, pero muy incompletos.

Nuestro objeto ha sido ante todo mostrar los escollos en que han tropezado los

que se han dedicado á hacer diccionarios y el hecho de que aún no se haya publicado uno que responda á las exigencias de la ciencia moderna, esto es, *un archivo, lo más completo y minucioso que sea posible, del número mayor posible de voces auténticas, usuales y corrientes de los dialectos y subdialectos todos del eusquera, á la vez que los vocablos empleados por los que han escrito en esta lengua, con la más fiel transcripción fonética é indicación minuciosa de la región en que cada voz se use*, archivo ó reperorio que sirva de base á los trabajos acerca el eusquera.

La obra es ingente, de enorme labor y sobre todo de labor abnegada porque ha de ser colectiva, de labor modesta de concienzuda informacion y poco más. Porque todo lo que sea teorizar y etimologizar y dar y quitar patentes de pureza ó casticismo á los vocablos, debe quedar para la labor individual. Lo que más falta hace á los estudiosos es conocer lo que hay tal y como ha; y, el vascuence que se habla, tal y como se habla; el *hecho*, en una palabra.

¿Cómo puede llevarse á cabo esta obra colectiva? ¿Con que método y bajo que principios? ¿Que institución ó sociedad debe tomar la iniciativa?

En otro artículo procuraremos contestar á estas cuestiones, valiéndonos de la ocasion para hacer consideraciones acerca de nuestra viciosa cultura española, de esta educación que nos enseña á ideologizar y desdeñar el estudio real y á muchos hechos por menudos, de esta educación que hace el que una persona que pasa en Bilbao por ilustrada y alta, y en ciertos respectos lo es, me dijera que le parecia una simpleza sin trascendencia y cosa que no iba á parte alguna eso del folk-lore que trató mi inolvidable Vicente Arana de implantar en tierra ingrata, en parte de este pueblo español en que aún se cree en la absoluta insignificancia de ciertos hechos y en que muchos que por lo visto ignoran que sobre las *simplezas* del folk-lore, recogidas en abrumadora masa en toda Europa, se han basado inductivamente fecundos co-

nocimientos históricos, psicológicos y sociológicos, dan sin embargo importancia á dogmatismos más ó menos jacobinos edificados sobre el pobre caudal de datos de nuestra ordinaria vida y de nuestras mezquinas historias.

MIGUEL DE UNAMUNO

Eco de Bilbao

núm. 10 1-96

domingo 24 diciembre 1893

[Recogido]

A-94

## SOBRE EL CULTIVO DEL VASCUENCE.

### IV Y ÚLTIMO.

Un diccionario tal y como lo imaginamos, que sirva de punto de partida á las futuras investigaciones acerca del vascuence y ofrezca á los doctos un texto de información, no puede ser obra individual. Es tarea superior á las fuerzas medias de un hombre el ir recorriendo pueblo por pueblo y valle por valle del país vasco, tanto español como francés, para recoger cuidadosamente el caudal de voces de que se sirven los que hablan vascuence. Nadie desconocerá que si la obra ha de ser lo más completa posible, tiene que ser colectiva la labor de acarreo ó información.

Sería preciso buscar en cada pueblo ó comarca de la Euzcalerría (llamamos así al país en que aún se habla el vascuence), personas curiosas que tomaran á su cargo la recolección del caudal léxico del pueblo ó pueblos que se les encomendara.

No sabemos si será una simpleza pretender tal cosa, dadas nuestras costumbres y preocupaciones. Más de una vez, fuera de España, se ha repartido entre ciertas personas cuestionarios en el que se les preguntaban cosas de mero interés científico, el modo como se representaban tal ó cual concepto abstracto ó datos acerca de la marcha de sucesos de su competencia, y se ha obtenido bastante buen éxito. Si en nuestra España se hiciera esto, es seguro que el cándido investigador que acudiera á ese medio, medio de que entre otros se han servido para sus estudios Darwin y Sumner Maine, no recibiría respuestas más que de los patosos que se las echan de ocurrentes y chuscos, cuyo número es en nuestra patria infinito. Los demás se encojerían de hombros diciéndose: «y esto, para qué sirve?» sumiéndose luego en nuestra típica haraganería y en nuestra absoluta indiferencia á lo que se levanta de los intereses cotidianos. Por otra parte, influidos todos, aún los que menos lo parecen, por la creencia implícita de que apenas nacemos se nos pone en posesión de la verdad absoluta y que fuera de ella no vale lo demás un comino, despreciamos los hechos menudos y estamos convencidos de que con ese acumular datos se pierde tiempo. Nos gusta volar por el vacío y no arrastrarnos por la tierra firme.

No sabemos si será simpleza pretender tal labor colectiva como la que aconsejamos, pero una vez puestos á fantasear, acabemos de hacerlo.

Esa labor colectiva habría de reducirse á ciertos principios.

1.º Los coleccionadores de vocablos habrían de recogerlos todos, sin omitir ninguno, y sin desfigurarlos; habrían de ser meros fotógrafos de la realidad, sin meterse á corregir la plana á esta. Dificultad grande, sin duda, hacer comprender esto

donde aún se cree que hay hechos insignificantes y que suceden cosas que no deberían suceder, donde aún se buscan los gigantes en los molinos y donde falta un sentido hondo y sereno de la realidad. Dificultad mucho mayor donde se falsifica lo real y se prostituye la ciencia convirtiéndola en excusa de puerilidades y donde por ridículas derivaciones del sentimiento, se afirman errores á la vez que tonterías tan grandes, como que somos misterio mayor que los demás pueblos. Dejemos esto que es la herencia de aquella leyenda de la torre de Babel con todas las confusiones y líos que ha traído.

2.º Habría que adoptar un sistema de transcripción fonética uniforme para todos los colaboradores, un alfabeto en que á cada sonido de la lengua vasca se le diera su signo, partiendo como base de la ortografía castellana, por ser esta la más usual y conocida, la que menos habría de chocar con los hábitos corrientes, y para evitar á la vez la introducción de caprichos.

3.º Los coleccionadores especificarían la localidad ó localidades donde cada vocablo se usara.

Recogidos los datos quedaría el trabajo de dar unidad á todo ello, de ordenarlo y publicarlo, y también la persona ó personas que de esta labor se encargaran necesitarían sereno espíritu y estar penetrados del carácter de su empeño.

Sería preciso que ante todo y sobre todo se limitara el diccionario á ser un archivo de voces del vascuence, un archivo lo más rico posible. Y aquí surge una primera cuestión. Es evidente que en e vascuence que hoy se habla se han introducido no pocas voces castellanas. Es frecuente oír en boca de aldeanos *caballué* por ejemplo en vez de *saldije* y nadie sostendrá que *caballué* sea vascuence. Pero en cambio no puede negarse que *arimie*, el alma, *izpiritue*, el espíritu ó *borondatie*, la voluntad, no sean vascuence porque esta lengua, tal como se habla, no posee que yo sepa otras voces para expresar esos conceptos, concepto que con la cultura romano-cristiana recibimos de nuestros civilizadores. Esta delimitación de cuales habrían de considerarse voces vascas y cuales nó, admite, según creemos, un criterio. Nos parece que sólo deberían rechazarse aquellos vocablos castellanos, que usan nuestros campesinos al hablar vascuence, sin alterar su fonetismo y disponiendo de sinonismo indígena conocido generalmente, porque si no se conoce este sinónimo ó es poco usado debería incluirse la voz de origen castellano, así como cuando ésta, por la alteración que haya sufrido, sea un dato para el estudio del modo como el vascuence trata á los vocablos extraños al admitirlos en su seno.



A-94

152/49



UNIVERSIDAD SALAMANCA